

viene á mí el invierno, es decir, la vejez.—Por esto, lleno de tristeza, te digo adiós, Juventud.»

Para colmo de males los ingleses cruzan la Champaña, pasan por Vertus é incendian su casa. Desde entonces «se llama *Brulé des Champs*» (Incendiado de los Campos), y no cesa de gemir y de versificar hasta su muerte, acaecida antes de 1407.

Deschamps tiene su originalidad, que consiste en una especie de realismo; si empleó las formas usadas en su tiempo y aun expuso la teoría de las mismas en su *Art de dicitier*, fué indudablemente por necesidad, no por gusto. Es de carácter cortés; prefiere el amor á la guerra y busca una felicidad tranquila y sencilla; y esta condición, tan poco común en aquella época, da valor á sus poemas, á pesar de su deplorable prolijidad. Deschamps dibuja del natural, no según un ideal convenido, y hasta tiene afición marcada al detalle trivial y truculento, mostrándose por gusto galo.

Cristina de Pisán, una italiana, fué el más delicado poeta del reinado de Carlos VI. Su padre, Tomás de Pizano, era un médico astrólogo «doctorificado» en la Universidad de Bolonia, que vivía en Venecia. Llamado por Carlos V, el astrólogo se estableció en Francia con su familia, captándose las simpatías del rey. Cristina casó con un hidalguero picardo, Esteban du Castel, notario real. Después de la muerte de Carlos V, el viejo astrólogo perdió su consideración, contrajo enfermedades y achaques y murió en 1385. En 1389 la muerte hirió también á Esteban du Castel cuando sólo contaba treinta y cinco años y estaba, por consiguiente, «en la flor de la juventud.» Viuda y con pesadas cargas de familia, Cristina reunió con grandes trabajos los restos de una fortuna escasa y mal administrada, viéndose obligada á sostener varios pleitos. Llena de vergüenza, «enrojecido el rostro,» hubo de pedir prestado y vió entrar en su casa á los alguaciles: «Y Dios sabe cuán atormentado estaba mi corazón cuando venían á ejecutarme y cuando los alguaciles me quitaban las medias. Ocasiónábame esto grave perjuicio, pero mayor aún era mi vergüenza.» La literatura le permitió salir de aquella situación. Bien «adoctrinada» por su padre, dotada de una inteligencia delicada y soñadora, había celebrado en baladas y en rondós su felicidad de esposa y cantado su dolor de viuda: sus primeras composiciones poéticas habían sido muy bien acogidas. Se hizo literata, cantando con la generosidad de príncipes y señores; multiplicó sus poesías y luego se consagró al estudio, á fin de acometer obras de mayor importancia. De este modo adquirió esa erudición inocente y confusa que tanto gustaba en aquel entonces, y en pocos años escribió un número extraordinario de obras de todas clases, de historia, ciencia política, arte militar, moral, devoción, etc. Fatigada por un exceso de trabajo y enferma, acontecióle á veces, para terminar más pronto ó simplificar su tarea, acabar en prosa lo que en verso había comenzado. Así se ganó la subsistencia, y los duques de Borgoña, de Berri y de Orleans, halagados por sus dedicatorias, correspondían á ellas con regalos en dinero.

La obra poética de Cristina de Pisán comprende todos los géneros, poesía ligera y sentimental, religiosa, didáctica, amorosa, pastoral, histórica y política. Siguió las modas de la época, pero su talento ingenioso no

quedó sofocado por los convencionalismos. Tenía Cristina la ciencia del ritmo, encontraba giros expresivos, y sus ideas eran delicadas, graciosas, y su corazón sensible y honrado. Cantó sobre todo el amor mundano, los gozes que sienten dos seres que se aman al volverse á encontrar después de una separación, los dolores de la ausencia y del olvido; pero aquellos cantos eran simplemente un entretenimiento de su espíritu, y de aquí la frialdad que generalmente se nota en sus disertaciones amorosas. Mas cuando se dejó llevar por sus sentimientos verdaderos, por sus añoranzas de esposa, por sus angustias de viuda, cuando reflejó en sus composiciones la profunda melancolía que experimentaba, expresando «disimuladamente» ideas tiernas y alegres, entonces escribió sus mejores versos:

«Nadie sabe el trabajo—que sufre mi pobre corazón.—Por esto oculto mi dolor,—que en nadie veo piedad.—Cuanto mayor motivo de llanto,—tanto menos se encuentra la amistad.—Por esto no murmuro una queja—ni hago alarde de mi duelo;—así río cuando quiero llorar,—y sin rima y sin medida—canto para disimular.»

Los franceses del siglo XIV eran muy aficionados á los espectáculos, particularmente á los cuadros vivos que se representaban en los templos y en las plazas públicas con ocasión de las grandes fiestas religiosas y de las entradas de los soberanos. Las piezas dialogadas debieron ser mucho más raras; de ellas sólo cuarenta y tres han llegado hasta nosotros: tres son piezas sueltas, figurando entre las mismas la conmovedora historia de *Griselidis*; las otras cuarenta están reunidas en una colección con el título de *Milagros de Nuestra Señora*. Datan, al parecer, de mediados del siglo XIV, y proceden evidentemente de una de esas asociaciones piadosas y literarias en honor de la Virgen, llamadas *pièzes* y tan frecuentes en las ciudades del Norte; son piezas sencillas en las cuales no han entrado, por decirlo así, los convencionalismos cortesanos, y que han sido compuestas para diversión y edificación de una plebe inocente y crédula.

El punto de partida de tales obras es siempre una intervención milagrosa de la Virgen en favor de un culpable ó de un desgraciado: las causas y los efectos de esta intervención se desarrollan en un diálogo de mil á dos mil versos, sin división en escenas ni en actos; entre los personajes, muy variados, aparecen regularmente Dios, la Virgen, los ángeles, el diablo, reyes y reinas, que entran en escena ó desaparecen por medio de «secretos» ó artificios, siempre los mismos, con acompañamiento de las mismas canciones, rondós y motetes. Pero la acción en que interviene Nuestra Señora varía según los milagros. Los asuntos están tomados de todas partes: de los Evangelios, auténticos y apócrifos, de Gregorio de Tours, de las canciones de gesta, de las vidas de los Santos, de las colecciones de leyendas piadosas y aun de la imaginación misma de los autores. Por aquellas obras desfila toda la historia, ¡y sabe Dios qué historia! El verdadero interés de los «milagros» estriba en que en ellos está descrita la sociedad desde el punto de vista burgués y revolucionario; en ellos aparecen el clero, desde el papa de Roma á las más humildes monjas, con todas sus debilidades; los príncipes, á menudo como seres malos ó ridículos, y los funcionarios reales, especialmente los hombres de

justicia y los de guerra, como gentes temidas y maldecidas. También se encuentra en ellas la generosidad de los sentimientos populares: la mujer inocente, falsamente acusada y condenada, tiene señalado en los milagros un puesto de honor, y después de las más complicadas aventuras su inocencia es siempre reconocida y recompensada. Además, la buena Virgen, sin preocuparse de las reglas morales, acude siempre al primer llamamiento del mayor criminal, cuyo perdón pide y obtiene.

Carlos V y para continuar las *Grandes Crónicas francesas de Saint-Denis*, un relato casi oficial, sencillo, exacto, algo frío y muy político, en el que á menudo es preciso saber leer entre líneas; el viejo canceller es un escritor que, después de meditarlo bien, no dice sino lo que quiere decir. La *Crónica de los cuatro primeros Valois* (tal es el título de una narración de autor anónimo) es una obra sin arte ni proporción, torpemente escrita, pero sincera, precisa y en algunos pasajes dra-



Miniatura de las *Crónicas* de Juan Froissart. (Biblioteca municipal de Breslau.)

#### V.—La historia (1)

Decididamente la historia se ha puesto á hablar en francés y en prosa; ya no emplea el latín (y aún no de una manera exclusiva) más que en la abadía de Saint-Denis, en grandes compilaciones sin valor literario. Hay historiadores que todavía escriben en verso, como el «pobre hombre Cuvelier» en su *Crónica rimada de Du Guesclin* (veintidós mil versos); pero ésta es más bien una excepción. Por otra parte, de la multitud de composiciones históricas sólo se destacan distintamente unas pocas obras.

Pedro de Orgefont escribió, bajo la inspección de

(1) FUENTES.—Véanse las noticias bibliográficas en las fuentes indicadas al frente de los capítulos de este tomo.

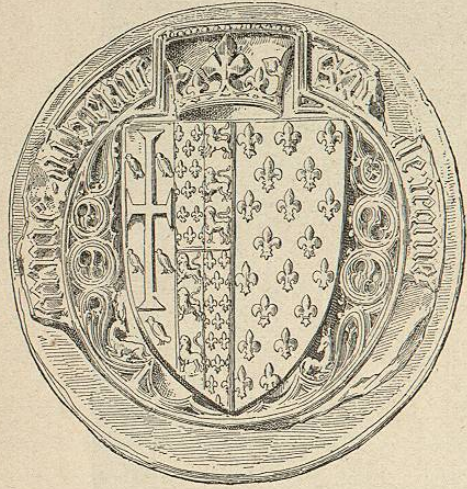
(2) OBRAS DE CONSULTA.—Debidour, *Les Chroniqueurs*, II, 1892. G. Paris y Jeanroy, *Extraits des Chroniqueurs français* (noticias), 3.<sup>a</sup> edición, 1893. Kervyn de Lettenhove, *Etude sur la vie de Froissart*, I, 1870. G. Boissier, *Froissart restitué d'après les manuscrits*, «Revue des Deux Mondes,» 1.<sup>o</sup> febrero de 1875. Mme. M. Darmsteter, *Froissart*, 1894.

mática. El autor, canónigo de Ruán, es indudablemente un espíritu curioso, original y exento de las preocupaciones de su tiempo, y sus informaciones y sus juicios son perfectamente suyos.

Juan le Bel, de Lieja, autor de las *Verdaderas Crónicas*, nacido en los últimos años del siglo XIII, ejerció en su juventud la profesión de las armas, hizo la guerra en Escocia, «sirvió en los torneos» y luego fué canónigo de Lieja. Vivió magníficamente en su canonicato, y al decir de un contemporáneo, no había entonces «hombre de carácter más franco y noble;» tenía siempre puesta la mesa y llevaba «ricas vestiduras y telas parecidas á los trajes de los banares.» Su experiencia personal y sus numerosas relaciones le proporcionaban informaciones abundantes y exactas, que transcribió fiel y sinceramente, sin refinamientos de arte y con una sobriedad vigorosa; «lo que él ha hecho mal, dice, que otro, con la ayuda de Dios, lo haga mejor.» Estaba imbuído en las más violentas preocupaciones de la sociedad en que vivía, y ello hace que su obra tenga más

vida y sea más pintoresca. Froissart le debe muchísimo, puesto que se sirvió de las *Verdaderas Crónicas* «para fundar y ordenar» sus propias *Crónicas* hasta 1356; pero, aun habiéndolo á menudo copiado, difiere mucho de él.

Juan Froissart, cuyo nombre se encuentra en todos los capítulos de la historia intelectual de aquella época, era hijo de un ciudadano de Valenciennes, y no sintiendo la menor afición por la profesión de mercader, se hizo clérigo. En 1361, cuando contaba veinticuatro años, partió para Inglaterra en busca de protectores, llevando consigo sus primeras poesías y un primer ensayo sobre la batalla de Poitiers. La reina Felipa, esposa de Eduar-



Sello de Isabel de Baviera

do III, que gustaba de proteger á sus compatriotas, es decir, á los oriundos de Hainaut, acogió amablemente á Froissart y le nombró capellán de su cuarto. Seis años vivió éste en la corte más fastuosa y más caballeresca de la cristiandad, entre fiestas y amores corteses, recogiendo de labios de caballeros ingleses y de los franceses prisioneros ó en rehenes en Londres, algunas anécdotas y algunos interesantes relatos. Viajó por toda Inglaterra «á expensas de la reina» y hasta pasó tres meses en Escocia al lado de David Bruce que, platicando y á caballo, le hizo recorrer su reino. En 1366 estuvo en Burdeos al lado del príncipe de Gales, quien le trataba como cronista oficial; con gran pesar no pudo acompañar á su señor en su expedición á España, pero en cambio se fué con el duque de Clarence, que se dirigía á Milán para casarse con una Visconti. Después viajó por su propia cuenta, y montado en una hacanea y seguido de un rocín que llevaba su equipaje, visitó Bolonia, Florencia y Roma. Durante el viaje encontró al rey de Chipre y al emperador de Constantinopla que le hablaron de Oriente, y á su regreso supo que «los santos ángeles del Paraíso» se habían llevado á la reina de Inglaterra, lo que fué para él gran pesar «porque ella me hizo y me crió,» según él mismo dice.

De vuelta en los Países Bajos, dedicóse al comercio; pero en seguida se cansó y no tardó en encontrar fortuna cerca de nuevos protectores, á saber: el duque y la duquesa de Brabante, que tenían en Bruselas una corte magnífica; el duque Alberto de Baviera, conde de Holanda y de Hainaut; Roberto de Namur, rudo soldado y muy amigo de los ingleses, y Guido de Blois, señor de

Beaumont y de Chimai, entusiasta de la caballería. Guido de Blois dió hacia 1373 á Froissart el curato de los Estinnes y allí permaneció diez años dichoso, rodeado de parientes y amigos y visitando á sus protectores. El curato era productivo: durante aquellos diez años, Froissart dejó más de 500 libras en las tabernas que había en el camino de la iglesia á la casa rectoral. Allí, requerido por la Filosofía y también á petición de Roberto de Namur, hizo la primera redacción de sus *Crónicas*, tan llena de vida y tan animada y además tan inglesa por sus sentimientos. Cuando continuó su trabajo, sus opiniones fueron algo más favorables á Francia, por complacer á Guido de Blois, su nuevo señor, el cual, habiendo heredado cuantiosos bienes, entre ellos el condado de Blois, nombró á Froissart su capellán y le concedió un canonicato en Chimai.

Guido llevóse varias veces á su castillo de Blois á Froissart, quien conoció allí á muchos caballeros franceses y recorrió todo el país del Loira, dejándose nuevamente llevar de su pasión por los viajes. En el otoño de 1388, arrastrado por ciertos relatos y deseando llenar algunos huecos que existían en sus informaciones, partió para el Mediodía de Francia. En Pamiers encontró á un caballero gascón, maese Espaign de Lyon, gran narrador de aventuras, cuya inagotable facundia explotó durante ocho días. Prosiguió luego su camino y llegó á Orthez, llevando consigo para ofrecerlos al conde de Foix cuatro grandes lebreles llamados Brun, Tristán, Héctor y Rolando. Por la noche leía al conde su *Meliador*, pero durante el día, en el castillo ó en la fonda de la Luna, interrogaba á los caballeros y aventureros de toda clase que se encontraban en Orthez. Salió de allí encantado del caudal de noticias que había recogido, y fué á Aviñón, en donde vió al papa y perdió la bolsa; pasó luego á París, en donde presencié la entrada de la reina Isabel de Baviera, y regresó por último á Valenciennes y á Chimai, «reinstalándose en su fragua» para poner sus notas en orden y dar á luz sus *Crónicas*. Pero aun después de esto le vemos á menudo viajando á la corte de Hainaut, al Quesnoi, á París, á Mortagne cerca del señor de Couci, á Abbeville y á Middelburgo, adonde va para interrogar á una embajada portuguesa sobre los asuntos de la península ibérica.

Cuando se sintió viejo quiso ver de nuevo aquella Inglaterra en donde tan hermosos años había pasado, «pareciéndome en mi imaginación, dice, que si la veía viviría más tiempo.» En efecto, en 1395 fué á ofrecer á Ricardo II sus *Crónicas* y sus versos, mas apenas reconoció á algunos ancianos en aquel país en que tantos amigos tuviera: «Todo allí me parecía nuevo, dice, y no conocía á nadie.» Algunos años más tarde Ricardo II era destronado y condenado á muerte: al llegar á ese trágico acontecimiento, suspendió Froissart sus *Crónicas*, habiendo fallecido en Chimai después de 1404.

La obra histórica de Froissart comprende cerca de un siglo de la historia de Francia y de Inglaterra, de Flandes, de Escocia y de España, y es producto de cincuenta años de investigaciones, de entrevistas y de informaciones realizadas en todas partes. Fué al mismo tiempo que el ganapán la pasión de toda la vida del autor, el cual no se cansó nunca de revisarla y de retocarla en redacciones sucesivas.

Froissart declara que no quiso amontonar los suce-



UNA VISTA DE PARÍS EN EL SIGLO XV

En primer término, á la derecha, se representa la entrada de la reina Isabel y á la izquierda al autor Froissart trabajando en su estudio. Copia de una miniatura del manuscrito de Froissart que se conserva en la Biblioteca Municipal de Breslau

«sin explicar y elucidar la materia;» esto sería, dice, hacer crónica y no historia. De modo que quiso escribir una historia y con intención moral, deseando que su libro fuese escuela de proeza y de caballería. En realidad, las más de las veces no fué sino un simple narrador, sin ninguna filosofía, enamorado hasta el exceso de todo lo caballeresco y desdénando generalmente

grafia francesa no está representada sino por obras mediocres. Cristina de Pisán tenía grandes pretensiones cuando escribió su *Libro de los hechos y buenas costumbres del sabio rey Carlos V*; quiso elevar un monumento á ese bondadoso monarca y trabajó con entusiasmo consultando las crónicas é interrogando á los personajes políticos, pero vació en su libro su confusión y su



Miniatura de las *Crónicas* de Juan Froissart. (Biblioteca municipal de Breslau.)

lo demás, sonriente casi hasta en las páginas más sombrías, indiferente á los crímenes de los grandes y á los sufrimientos de los humildes y complaciente para los bienhechores, cuyas encontradas opiniones halagó sucesivamente.

Diremos, para terminar, que Froissart fué un pintor admirable de su época, que hizo vivir con intensidad extraordinaria la sociedad caballeresca en medio de la cual vivió. Como la admiraba sin reserva, nada de ella ha ocultado; lo bueno y lo malo, la elegancia y la brutalidad, todo se halla en sus *Crónicas*. Su mirada poética percibió con precisión maravillosa los movimientos, los colores, y si no la vida íntima y profunda, por lo menos las más brillantes manifestaciones de la vida; en las páginas ó en los discursos de Froissart encontramos las páginas más pintorescas y más graciosas de nuestra antigua literatura.

Después de él, á principios del siglo xv, la historio-

erudición pedantesca. Creyóse honrar altamente á su héroe presentándolo como un discípulo de Aristóteles en punto á política y de Vegetio en cuanto á la guerra, y el resultado de ello fué una obra fracasada, prolija, monótona. El *Libro de los hechos del buen micer Juan le Maingre, llamado Boucicaut*, presenta alguno de estos defectos, de modo que no han faltado quienes lo atribuyeran á Cristina; pero tiene más vida y más color.

#### VI.—La literatura didáctica (1)

La literatura didáctica ocupa un lugar importante en aquella época de fe viva y de razonadores á menudo pedantescos.

Si los teólogos racionalistas del siglo xiv nada han

(1) FUENTES.—*Gersonii Opera*, edición Dupin, 1715. El *Songe du Vergier*, en Brunet, *Traitez des droits et libertez de l'Eglise Gallicane*, II, 1731. Honorato Bonet, *L'Apparition de*